

LATINOAMERICANISMO *VERSUS* PANAMERICANISMO  
EL DEBATE DE UNA RED INTELLECTUAL UNIONISTA  
EN TORNO A LA CELEBRACIÓN  
DEL CONGRESO DE PANAMÁ (1926)

Alexandra PITA\*

INTRODUCCIÓN

Durante la segunda mitad del siglo XX se concretaron diversos tipos de acuerdos de integración entre países del continente como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI). Aunque de manera poco sistemática, estos seguían la doctrina de integración económica regional elaborada por Raúl Prebisch y la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina y el Caribe (CEPAL), quienes a inicios de la Guerra Fría buscaron diseñar y construir un nuevo orden mundial en el que Estados Unidos fuera un apoyo para alcanzar el desarrollo de los países latinoamericanos. Como procesos que ayudarían para superar el subdesarrollo en América Latina, las integraciones requerían de una serie de medidas que se concentraban en el ámbito económico y político. Por ello, aunque por definición integrar implica la superación de divisiones políticas tradicionales para alcanzar una dimensión supranacional, lo que se observó durante la segunda mitad del siglo XX es que estos procesos se restringieron a la toma de acuerdos económicos.<sup>1</sup>

Esto marca, de inicio, una diferencia significativa entre el término de integración y otros, como los de unidad o unión, los cuales en ocasiones son utilizados como sinónimos pese a pertenecer a regímenes de historicidad

\* Doctora en Historia por El Colegio de México y profesora-investigadora de la Universidad de Colima. Ha publicado diversas obras sobre historia intelectual y cultural de las relaciones internacionales.

<sup>1</sup> Sobre el término véase Pasquino, 2002 y para una explicación del cuerpo de la doctrina de Prebisch remitimos a Wionczek, 1972.

distintos.<sup>2</sup> Por ello, es necesario detenerse a observar cómo construyó este significado un grupo de actores específicos. En este sentido, el presente trabajo se enfoca en una red intelectual unionista que publicó durante la década de 1920 el *Boletín Renovación* y poco después fundó una organización, la Unión Latino Americana (ULA).<sup>3</sup> La red se caracterizó por tener un marcado antiimperialismo —asociado indiscutiblemente al avance estadounidense en la región— y como contrapropuesta defensiva alzaba las banderas del latinoamericanismo. Para luchar contra el enemigo, estableció una batalla simbólica a través de la palabra escrita, difundiendo ideas e imágenes sobre lo que era América Latina. Se pensaba que si la campaña de opinión era fructífera y se convencía al público de la necesidad de una unidad cultural entre estos países, se presionaría a los gobiernos respectivos a formar posteriormente una unión de tipo político que repercutiera a su vez en acuerdos económicos.<sup>4</sup>

Dado que la vida de esta red intelectual abarca ocho años (de 1923 a 1930), en este trabajo solo se estudia la coyuntura que transcurre unos meses antes de 1926, durante ese año e inicios del siguiente, tiempo en el cual el gobierno de Panamá invitó a la ULA a participar de un evento conmemorativo de Simón Bolívar y su congreso anfictionico en 1826. Se considera como premisa inicial que las conmemoraciones generan —desde su organización—, una serie de estrategias por parte de los actores participantes para legitimarse, por lo que nos remiten más al presente de los contemporáneos que al personaje homenajeado.<sup>5</sup> Este caso no

<sup>2</sup> François Hartog considera como regímenes de historicidad a aquella realidad construida por el historiador al tratar de aprehenderlo, ordenarlo y darle sentido, por lo que el investigador debe ser consciente del proceso de instrumentación que implica entender las diversas experiencias del tiempo en un momento dado de la historia (Hartog, 2007).

<sup>3</sup> Aunque no existe un acuerdo sobre la definición de red intelectual, la más aceptada es la del chileno Eduardo Devés Valdés, quien asume que “es el conjunto de personas ocupadas en los quehaceres del intelecto que se contactan, se conocen, intercambian trabajos, se escriben, elaboran proyectos comunes, mejoran los canales de comunicación y, sobre todo, establecen lazos de confianza recíproca” (Devés, 2007: 218). En el caso analizado, la red intelectual antecede a la fundación de la Unión Latino Americana, que se llevó a cabo en marzo de 1925, al lanzarse una campaña de difusión de ideas en octubre de 1922 y publicarse en enero de 1923 el primer número de *Renovación*.

<sup>4</sup> Para un análisis completo de la ULA y el *Boletín Renovación* mismo remitimos a Pita, 2009.

<sup>5</sup> A modo de escenarios donde se disputa el poder a nivel micro, las conmemoraciones permiten vislumbrar las tensiones y confrontaciones de aquellas batallas simbólicas que libran sus participantes en un tiempo y espacio determinado. Como en otros rituales, se privilegian las palabras y las acciones que dan sentido al cuadro ceremonial, ocupando los oradores un lugar especial en esta contrucción social. Su participación, al igual que todos los otros elementos que se ponen en juego en una ceremonia de este tipo convierte a las ceremonias en momentos fundacionales del campo intelectual, necesarios para cohesionar a un grupo que busca legitimarse identificándose con el intelectual homenajeado como su heredero. Con ello se establece una

fue la excepción: la circulación de ideas publicadas en el Boletín en relación a si la ULA participaba o no en dicho evento permitió a los integrantes de la red legitimarse como heredera de Bolívar (como fundador del ideal unionista) para desacreditar a sus enemigos externos e internos (gobiernos latinoamericanos “cómplices” del imperialismo”) al acusarlos de querer desunir a estos países. Es decir, la conmemoración se utilizó para legitimar a la organización al refrescar la batalla entre dos bloques y sus respectivas propuestas de unidad (latinoamericanismo vs. Panamericanismo), en un momento clave para la red ante el cambio en la conformación de sus integrantes así como de liderazgo.

Para desarrollar esta propuesta dividimos el trabajo en tres apartados. El primero se dedica a sintetizar algunos aspectos del ideal unionista, teniendo en cuenta la aparición de la Unión Panamericana como una contrapropuesta que exacerba el discurso latinoamericanista al ser visto como una oposición imposible de reconciliar. El siguiente menciona quiénes componen la red intelectual y recupera su postura en los años inmediatamente anteriores (1923-1925), para entender cómo la crítica al panamericanismo se convirtió en el fundamento esencial del latinoamericanismo. Por último, se analiza cómo a partir del rechazo a participar en el Congreso de Panamá se reafirmó la postura anterior pero se entrelazó con elementos menos pragmáticos y más tradicionales, que hacen alusión a la unión “espíritu de una raza”, esto es, a una variante tradicionalista del espiritualismo.

## VISIONES CRÍTICAS Y PROPUESTAS DE UNIDAD

Las alusiones a la creación de una unidad latinoamericana comenzaron a difundirse a inicios del siglo XIX. Como propuesta, se asoció al quiebre del lazo colonial y a la preocupación de algunos líderes de los procesos de independencia de preservar aquello que del antiguo régimen pudiese ayudar a conformar las nuevas repúblicas. La más significativa fue la propuesta del venezolano Simón Bolívar, quien buscó crear una confederación de naciones libres, como una extensión casi natural de los vestigios de la colonia. Para Bolívar, los nuevos países compartían una historia y con ello una serie de características socioculturales similares: lengua, religión, costumbres y hasta elementos tan constitutivos de la sociedad como lo era el proceso de mestizaje entre indígenas, españoles y africanos. Aunque en esta argumentación prevalecía la tradición a través de la herencia compartida, se tenía en cuenta también un elemento del momento que era imposible soslayar: la fragilidad de las nuevas repúblicas las convertía

filiación cultural a manera de genealogías intelectuales que establece desde el presente hacia el pasado un vínculo relacional entre los actores (Pita, 2012).

en presa fácil de una nueva reconquista por parte de las potencias europeas y de su vecino del norte. Por ello, la propuesta no contempló la incorporación de Brasil ni de los Estados Unidos de Norteamérica. El primero era considerado una región apartada en varios sentidos: lengua, costumbres, población y tipo de gobierno (mantenían una monarquía). En cuanto al segundo, pese a las simpatías iniciales, se advertía cierta desconfianza ante la reciente proclamación de la frase “América para los americanos”, conocida posteriormente como Doctrina Monroe. Con este último, la invitación fue solo para que trataran sobre el comercio y el “derecho de gentes”, quedando excluido de las sesiones privadas destinadas a establecer una confederación. El intento de mantener clara la diferencia en esta doble negociación se debía a que la mayor preocupación era la de concretar una alianza militar ofensiva y defensiva que permitiera a las ex colonias españolas mantener la independencia recientemente alcanzada. Por este motivo, el término utilizado es americano, pero su sentido es ante todo hispanoamericano o, en sentido estricto, de la “América antes española” (De la Reza, 2010: XII-XVII).

Su propuesta fracasó y el Congreso de Panamá no concluyó en ninguna Confederación, al tiempo que las recién formadas Repúblicas siguieron sus complicados procesos de gestación inicial. Sin embargo, durante las décadas siguientes resurgieron en momentos coyunturales los intentos de unir a estos países de alguna forma, a medida que la guerra con México, las aventuras de los filibusteros estadounidenses en Centroamérica y los intentos españoles de reconquista, recordaban la fragilidad de sus independencias. De manera paralela a estos intentos por parte de los Estados por concretar una liga o confederación, algunos intelectuales como el colombiano José María Torres Caicedo escribían desde Europa para denunciar el avance de Estados Unidos en América Latina, llamando a unirse contra el enemigo sajón (Granados, 2004: 43-60).

A fines del siglo XIX, Estados Unidos —el gran ausente de las Conferencias y tratados anteriores—, impulsó la realización de conferencias periódicas en las cuales se invitaba a participar a todos los países del continente. Conocidas como panamericanas, estas conferencias fueron escenario de discusiones políticas y económicas desde su primera reunión realizada en Washington en 1889. Sin embargo, las conferencias fueron objeto de crítica desde sus inicios ante la sospecha de cuál era el verdadero interés de este país del norte y de qué manera esto complicaba el pacto político y económico que se mantenía con otras potencias (principalmente Inglaterra). Esta posición quedó asociada a la frase “América para la Humanidad” expresada por Roque Sáenz Peña para contrarrestar aquella que consideraban era la realidad de la Doctrina Monroe “América para los americanos.” (Morgenfeld, 2011: 94-96).

Pese a esto, las Conferencias siguieron realizándose con frecuencia hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. De ellas se desprendieron tratados

comerciales, se avanzó —en menor medida— en acuerdos políticos como la creación de la Oficina de la Unión Panamericana (dedicada a reunir información proveniente de todos los países) y se dio inicio a numerosas comisiones específicas que comenzaron a discutir temas específicos en diversos campos (ciencia, ferrocarriles y caminos, problemas relativos a la infancia, a los indígenas, entre otros).<sup>6</sup>

Los frutos de estas conferencias fueron pocos a nivel político y económico, pero permearon de manera distinta entre los intelectuales. Para algunos pocos, esto constituyó la base para intentar construir un orden jurídico internacional;<sup>7</sup> en cambio, para la mayoría cada conferencia era fruto de un cuestionamiento sobre su eficacia. Esta crítica se inició con el intelectual cubano José Martí, quien al cubrir para el diario *La Nación* de Buenos Aires la Primera Conferencia Panamericana mostró preocupación por la dificultad que enfrentaba Latinoamérica para mantener su independencia frente al avance estadounidense. Para evitar este desastre, el cubano proponía reunir a todos los miembros de esta “familia nacional americana” para presentarse al mundo como un grueso compacto con un futuro provechoso (teniendo en cuenta el despegue económico de Argentina o Uruguay por la exportación de trigo). De esta manera, se crearía una nueva raza americana que emplearía “nuestras fuerzas para establecer un formidable y luciente país espiritual americano”.<sup>8</sup>

Este concepto del nosotros tuvo otro impulso cuando se publicó el *Ariel* del uruguayo José Enrique Rodó (1900). El autor retomó la visión de dos Américas enfrentadas, pero ya no como en el caso anterior, por el desarrollo de una potencia capitalista, sino por una diferencia radical entre ambas partes proveniente del orden de lo moral. Los principios que una y otra mantenían eran descritos como antagónicos, al otorgarle al lado norteamericano todos los elementos materialistas y utilitaristas, que buscaban exclusivamente la inmediata finalidad de satisfacer el interés y bienestar material e individual, y reservar para lo latino los rasgos de una cultura cargada de principios e ideales.<sup>9</sup> Para Rodó,

<sup>6</sup> Sobre las Conferencias remitimos a Marichal, 2002.

<sup>7</sup> El estadounidense Brown Scott construyó una red en la que participaron otros juristas latinoamericanos durante las primeras tres décadas del siglo XX, con el fin de crear medidas jurídicas básicas y una corte interamericana de justicia que solucionara de manera pacífica los conflictos entre estos países. Véase Scarfi, 2014.

<sup>8</sup> Nos referimos a los siguientes textos: “El agrupamiento de los pueblos de América” en *La América* (Nueva York, octubre de 1883); “Notas para la América” y “Biblioteca Americana” en *La América*. (Nueva York, enero de 1884). Estos fueron retomados por Martí en su libro *Nuestra América* (1891) pero nosotros consultamos una reedición posterior (véase Martí, 1985: 314; 333; 336-337).

<sup>9</sup> Rodó advierte desde el inicio de su obra: “Cuando el sentido de la utilidad material y el bienestar, domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en lo pre-

estos pueblos —latinoamericanos, hispanoamericanos o simplemente americanos—, debían concretar una nueva civilización basada en la unidad espiritual y política, pues como aclara en un texto, anhela el día en que “los niños de hoy, los hombres del futuro, preguntándoles cuál es el nombre de su patria, no contesten con el nombre de Brasil, ni con el de Chile, ni con el de México, porque contesten con el nombre de América” (Rodó, 1941: 83).

Esta interpretación alimentó un idealismo que planteaba la lucha entre los países del continente como una batalla entre espiritualismo y materialismo, nutriendo de imágenes y símbolos a un antiimperialismo que poco tiempo después se expondría de manera más clara como una crítica permanente al empuje expansionista del imperio estadounidense en la región. Por ello, no es extraño que un año después el argentino Manuel Ugarte planteara en su libro *El Porvenir de la América Hispana* (1910) que la América Latina debía reunirse en una sola Patria Grande, puesto que como partes de un cuerpo no eran nada sin el todo, y porque no se encontraba ningún antagonismo fundamental que no pudiera ser resuelto para fortalecer el conjunto, frente a los peligros imperialistas del país vecino del Norte (Ugarte, 1978, 3-9). Durante los siguientes años, Ugarte radicalizó su prédica para crear la “unidad intelectual y moral hispanoamericana”, a través de una campaña propagandística que realizó en algunos países latinoamericanos entre 1911 y 1913 y en la Argentina, a través de la creación de la Asociación Latinoamericana (Cormick, 2013: 52-53).<sup>10</sup>

El movimiento estudiantil de reforma universitaria en 1918 retomó entre sus consignas políticas la alusión a esta América Latina que debía estar unida para enfrentar al coloso del Norte. Al señalar los límites del modelo de crecimiento de estas naciones, cuestionar el papel de las oligarquías y los gobiernos. Ubicados desde el lugar de líderes y autodenominados como “la nueva generación”, esto es, como una elite que siguiendo las ideas de José Ingenieros en su obra *El Hombre mediocre*, tenía el derecho y el deber de intervenir en la sociedad para resolver los problemas de estas naciones, expandieron sus batallas a nivel regional incorporando el latinoamericanismo entre sus banderas políticas. De hecho, como afirma Patricia Funes, los intelectuales durante la década de 1920

sente, los resultados del espíritu estrecho y de la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones prouamente ideales que, siendo objeto de amora para quienes les consagran las energías más nombres y perseverantes de su vida, se convierten en una remota, y quizá no sospechada, región para una inmensa parte de los otros” (Rodó, 1997: 12).

<sup>10</sup> Ugarte habla en función de la unidad hispanoamericana pero también de América Latina. Su fuerte hispanismo coexistía con la admiración de la prosperidad de Estados Unidos. En su obra *El porvenir de la América Española* señala a los jóvenes escritores e intelectuales como los responsables de crear esta confederación no solo en el plano ideal sino en el de la intervención política. Así, la Patria Grande (Ehrlich, 2007: 112-113).

intentaron resolver su preocupación por lo nacional ampliando las fronteras de lo que se entendía por ésta. Aunque esta generación estuvo influenciada por el arielismo que sostenía que América latina estaba destinada a ser en el plano moral una potencia superior a la material estadounidense, planearon su crítica desde un plano “menos aristocratizante e idealista” (Funes, 2006: 218).

#### LA RED DE RENOVACIÓN Y EL ANTIPANAMERICANISMO

Como otras redes intelectuales, la de *Renovación* se formó en torno a una persona que por la concentración del capital cultural tuvo una fuerte impronta. Este fue el caso José Ingenieros, quien a inicios de la década de 1920 gozaba de reconocimiento entre los círculos académicos nacionales e internacionales y había construido una nutrida red intelectual. Su vertiginosa trayectoria académica, iniciada a fines del siglo XIX, incluía un amplio espectro de actividades desplegadas como militante del partido socialista, secretario de un ex presidente argentino, médico psiquiatra, docente universitario, investigador, escritor y director de publicaciones periódicas. En años recientes, se había centrado su actividad en la difusión de las ideas, tanto propias como ajenas, a través de la dirección de la *Revista de Filosofía*, la colección *La Cultura Argentina* y la redacción de numerosos artículos y libros. Entre ellos, *El Hombre Mediocre* le valió un amplio reconocimiento dentro y fuera del país, sobre todo entre los estudiantes reformistas, que lo llamaron Maestro de las juventudes por enseñar las verdades que el gobierno no podía o quería decir. Estas verdades se orientaron a realizar un diagnóstico sobre América Latina.

En octubre de 1922 pronunció un discurso titulado “Por la Unión Latino Americana” en un banquete realizado por los intelectuales argentinos en la ciudad de Buenos Aires para homenajear a José Vasconcelos. La pieza oratoria se dedicó a cuestionar la situación que en ese momento vivían los países latinoamericanos y, como contrapropuesta, a promover un movimiento favorable a la unidad cultural, política y económica de América Latina, como una medida que defendiera a la región de la intrusión de los Estados Unidos. La propuesta, a manera de diagnóstico médico, se concentró en señalar la causa de la enfermedad y la posible curación desde un pragmatismo que abandonaba la herencia y la tradición, el tono romántico e idealista, para remarcar las necesidades de su tiempo: la única forma de mantener la independencia de estos países era rechazar la unión panamericana y defender la latinoamericana; para ello era necesario la guía de las “fuerzas morales”, que no eran otras que los jóvenes reformistas autodenominados de la nueva generación. A su modo, retomó el impulso de Bolívar —aunque no llamara a ningún Congreso—, el

significado de Nuestra América de José Martí, el idealismo elitista de Rodó —sin la lucha entre espiritualismo y materialismo—, y las denuncias realizadas por Ugarte —sin utilizar el mismo tono político. De este modo, la propuesta de Ingenieros fue vista como una continuidad en torno al tema de la unidad latinoamericana, pese a que éste lo presentó como un problema científico-social a resolver por los especialistas.

Este discurso circuló por el continente con rapidez: fue editado como folleto en Buenos Aires, El Salvador y México y fue reproducido parcial o totalmente en revistas de numerosos países —incluyendo los Estados Unidos. Esto se debió a que Ingenieros lo había enviado por correo a una amplia red de contactos que incluía a diplomáticos, políticos, escritores e intelectuales que compartían la idea de luchar contra el imperialismo (Pita, 2016). La estrategia fue productiva, puesto que pocos meses después esta red sirvió para legitimar la aparición del Boletín: los contactos anteriores se convirtieron en autores de artículos, comentaristas de libros o revistas de distintos puntos de Latinoamérica, enviando notas de la prensa local para ser reproducida en *Renovación* o servían como nexos entre redes para lograr que su distribución fuera mayor. Desde que lanzó su primer número, en enero de 1923, utilizó su primera página para plantear de manera categórica y enfática que existía una batalla campal entre el latinoamericanismo y el panamericanismo. Este planteamiento se realizó a través de notas, artículos y editoriales, espacios a través de los cuales el comité directivo intentaba dotar a la juventud universitaria latinoamericana —identificada como “la nueva generación”—, de elementos suficientes para crear una confederación latinoamericana.<sup>11</sup>

Los siguientes editoriales denunciaron el avance imperialista de Estados Unidos al referirse a las invasiones directas y el desembarco de militares, la apropiación de territorios por parte de compañías norteamericanas para explotar las riquezas naturales de América Latina —remarcando especialmente el caso del petróleo—, al igual que los tratados realizados por gobernantes latinoamericanos para favorecer el expansionismo norteamericano y los créditos que hipotecaban las reservas nacionales.<sup>12</sup>

En este sentido, no fue extraño que al celebrarse la Conferencia Panamericana en Santiago de Chile en 1923, el Boletín se pronunciara categóricamente en contra de estos eventos, a los que calificaba como inútiles para América

<sup>11</sup> “Renovación”, en *Renovación*, año 1, núm. 1, 1923: 1.

<sup>12</sup> Nos referimos a los siguientes editoriales específicamente: “Quimeras” (*Renovación*, año 1, núm. 8, septiembre 1923: 1); “Petróleo” (año 1, núm. 9, octubre 1923: 1); “Wilson” (año 2, núm. 2, febrero 1924: 1); “Conquista” (núm. 4, abril 1924: 1); “Protesta” (núm. 5, mayo 1924: 1); “Hipoteca” (núm. 6, junio 1924: 1); “Mister Rowe” (núm. 9, septiembre 1924: 1).



Latina, pues sus representantes diplomáticos se veían imposibilitados de negociar con los Estados Unidos, por lo que solo iban a “recibir órdenes” del imperialismo. Estas denuncias fueron expuestas por Arturo Orzábal Quintana, quien asiduamente escribía contra la Unión Panamericana y la Sociedad de Naciones, al considerar a ambos organismos internacionales como representantes del “imperialismo mundial”. Por ello, consideraba que los países latinoamericanos debían abandonar ambas instancias para conformar una propia, latinoamericana, la cual invertiría el orden establecido al plantearse como un cambio a realizarse primero en el plano cultural, después en el económico y finalmente en el político.<sup>13</sup>

El tono de denuncia y crítica contra el panamericanismo se mantuvo durante los siguientes años, repitiendo las consignas de unidad latinoamericana una y otra vez. Sin embargo, al explicar cómo se daría este proceso, solo se hacía referencia a la necesidad de que los intelectuales progresistas se comprometieran en la realización de una campaña de concientización de la opinión pública, partiendo de la premisa de que para lograr una unidad política y económica era indispensable primero una de carácter cultural. Junto a esta bandera se alzaba otra, la del juvenilismo que brindó argumentos que justificaban sus metas para así, al mismo tiempo, guiar su accionar. El momento parecía propicio puesto que la finalización de una primera etapa del movimiento reformista universitario daba inicio a una contrarreforma en Argentina y a una serie de persecuciones de estudiantes en otros países de América Latina.

En contraste con esta continuidad de ideas, la red sufriría un cambio importante en marzo de 1925, cuando se fundó la Unión Latino Americana, momento tras el cual el Boletín pasó a convertirse en su órgano de difusión. Para sorpresa de muchos, su primer presidente no fue Ingenieros sino Alfredo Palacios,<sup>14</sup> quien también era considerado “Maestro de las Juventudes”, reconocimiento que se debía a su amplia trayectoria política como primer Diputado de un Partido Socialista a inicios del siglo XX en Argentina, pero que se extendió tras la reforma universitaria al ámbito universitario. Su prestigio lo llevó a ser invitado por la Federación de Estudiantes del Perú en 1919 (cuando el joven Víctor Raúl Haya de la Torre era presidente),<sup>15</sup> a ser nombrado Decano de la

<sup>13</sup> Sobre Orzábal y su participación en el Boletín, remitimos a Pita, 2009.

<sup>14</sup> Ingenieros se abstuvo de ocupar ningún cargo en el Comisión Directiva de la U.L.A. e impuso la designación de Palacios bajo el argumento de que éste era la persona indicada y que “él debía eliminarse” (Sánchez Viamonte, 1971: 199).

<sup>15</sup> Durante su visita al Perú en 1919, Palacios informó a los estudiantes de aquel país sobre la experiencia de los estudiantes reformistas de Córdoba en 1918, enfatizando la importancia de que obreros, estudiantes e intelectuales se mantuvieran unidos. Tras la visita, los estudiantes de la Universidad de San Marcos iniciaron una lucha para exigir la supresión de las listas de asistencia,

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata en 1922 y a emprender un viaje por algunos países latinoamericanos en 1923, entre ellos a México.<sup>16</sup>

A fines de 1924, Palacios había dirigido un mensaje “A la juventud universitaria de Iberoamérica”. En éste se encontraban numerosas referencias a ideas “espiritualistas” que se derivaban de la lectura del *Ariel* de Rodó, las cuales mantenían la herencia del romanticismo francés de Renan y denotaban la fuerte impronta que había dejado en el intelectual argentino el pensamiento católico en el que había sido formado.<sup>17</sup> A partir de esta doble influencia, describía a los Estados Unidos como el Fausto de Goethe que entregó su alma al diablo a cambio de poseer bienes materiales y llamaba a los jóvenes a guiar a América Latina, considerada como el continente más promisorio donde la humanidad post bélica encontraría su nuevo destino.

Este mensaje estuvo íntimamente ligado a la forma en que las redes intelectuales iban modificándose en América Latina. En mayo de 1924, el estudiante peruano Víctor Raúl Haya de la Torre entregó a la Federación de Estudiantes de México una bandera que simbolizaba la unión de esta nueva generación

la representación estudiantil en los consejos directivos, la renuncia de profesores mediocres y la autonomía tanto de la universidad con respecto al gobierno, como de los profesores a través de las cátedras libres. La huelga general de trabajadores de Lima a fines de mayo paralizó la ciudad generando una crisis política por el declive del presidente José Pardo y el ascenso del general Augusto Leguía (Pakkasvirta, 2005: 178-179).

<sup>16</sup> Palacios fue invitado oficialmente por el gobierno a visitar México a comienzos de 1923, para que se formara una opinión sobre el estado en que se encontraba esta República, considerándolo como un “alto exponente de la intelectualidad argentina y un apóstol en la lucha del proletariado”. Una vez en este país, asistió a una serie de homenajes organizados en ámbitos académicos, intelectuales y políticos en la ciudad capital en los cuales habló sobre la importancia que tenía para América Latina el ejemplo del México revolucionario que, entre otras cosas, había sabido desafiar al gobierno norteamericano. En esta ciudad participó también de la fundación de la Alianza Iberoamericana —junto a otros personajes mexicanos entre los que se encontraba Isidro Fabela. Dicha organización pretendía coordinar el intercambio político y cultural entre estos países mediante la activación del contacto entre las cámaras de comercio, los ámbitos intelectuales y los medios de información. Palacios se comprometió a fomentar la creación de filiales de esta organización en Argentina, Bolivia y Perú, pero la vida de ésta fue muy efímera. Posteriormente se trasladó a Mérida, invitado por el gobernador Felipe Carrillo Puerto, y allí recibió también homenajes y participó de varios actos y recepciones, dictando conferencias sobre cuestiones universitarias y legislación obrera (Yankelevich, 1997: 301-304).

<sup>17</sup> Palacios fue educado por una madre católica que lo introdujo a lectura de los Evangelios y desde muy joven se acercó al Círculo de Obreros Católicos (fundado por el cura alemán Federico Grote), dirigiendo la publicación *La Juventud*, dictando cursos y hablando en reuniones con obreros católicos. El tono combativo de su oratoria y la utilización de ciertos conceptos y términos de izquierda, provocó que Grote llamara su atención, por lo que Palacios se alejó de estos círculos católicos e inició su trayectoria política en el socialismo (Vives, 2015: 31-37).

latinoamericana orgullosa de su “raza” que tomaba como precursor a Bolívar y que luchaba por unir a estos pueblos que se encontraban dispersos por obra de los nacionalismos que defendían los políticos y diplomáticos. La unidad a alcanzar era espiritual, porque la política dependía de intereses arbitrarios de los gobernantes de las patrias chicas.<sup>18</sup>

Palacios había establecido contacto con los estudiantes del Perú desde su viaje a ese país en 1919, y continuó manteniendo vínculos con ellos, a la vez que prestó ayuda en 1924 cuando llegó un grupo de exiliados a la Argentina entre los que se encontraban Manuel Seoane, Oscar Herrera, Eudocio Ravines, Luis Heyzen y Enrique Cornejo Koster. De ellos, Seoane fue quien tuvo mayor participación en la ULA, nombrado Secretario General y director de *Renovación* a principios de 1928. Este lazo reforzaba a su vez el de la organización con Haya de la Torre, líder del aprismo, quien no por casualidad poco después fue designado representante de *Renovación* en Europa a fines de 1925, cargo que mantuvo hasta la desaparición del Boletín en septiembre de 1930.

De hecho, el vínculo de Haya con la red unionista se había establecido previamente a través de Ingenieros, a quien conoció en persona y por quien se sentiría influido.<sup>19</sup> Además, en mayo de 1925 compartirían un evento importante en París: la Conferencia Antiimperialista, donde junto a otros intelectuales latinoamericanos y españoles, se protestó contra una posible invasión estadounidense a México.<sup>20</sup> Así, ya sea a través de la relación con Ingenieros o con Palacios, los apristas fueron incorporándose a la ULA y con ello reforzaron la crítica antiimperialista entremezclada con el ideario aprista. No todos los miembros de la red unionista estuvieron de acuerdo con esto, por lo que al morir Ingenieros, a fines de 1925, un grupo de colaboradores asiduos del Boletín y de miembros adherentes (con Arturo Orzábal Quintana a la cabeza) abandonó sus filas para crear una nueva organización llamada Alianza Continental, con el fin de cumplir “las ideas del Maestro Ingenieros”. En este contexto de cambios al interior de la

<sup>18</sup> Víctor Raúl Haya de la Torre, “La bandera de la nueva generación”, en *Renovación*, año II, núm. 8, agosto de 1924: 3.

<sup>19</sup> Al convertirse en presidente de la Federación de Estudiantes del Perú en 1920, Haya escribe a Ingenieros, considerado como el “gran maestro argentino”, para solicitarle un cuadro autografiado que colgaría en el local de los estudiantes universitarios. Poco después, tras leer el libro de Ingenieros titulado *Los Tiempos Nuevos*, propone una “democracia funcional”. En 1922, se conocen personalmente en Buenos Aires, le pide apoyo moral para el movimiento estudiantil peruano. En 1923 y tras los sucesos de protesta conocidos como la consagración de Jesús, Haya le escribe para informarle de su actuación en el suceso (González, 2015: 85).

<sup>20</sup> Haya recordaría ese evento con una gran admiración hacia Ingenieros al declarar que había estado equivocado durante la Gran Guerra por su admiración a Estados Unidos y que la unidad de “nuestra América” dependía de los jóvenes de la nueva generación: “Se declaró guiado por ella y no guía” (Melgar, 2015: 105).

red es que la ULA recibió la invitación a participar en un Congreso a realizarse en 1926 en la ciudad de Panamá para homenajear a Simón Bolívar.

#### EL CONGRESO DE 1926: CONMEMORAR O TRAICIONAR A BOLÍVAR

Panamá ocupó un espacio en el Boletín desde su inicio en 1923, al publicar una carta de Belisario Porras, Presidente de aquel país, en la que explicaba su rechazo a la reelección que le ofreció la Asamblea para el siguiente período constitucional, actitud que la ULA calificó de ejemplar.<sup>21</sup> La siguiente noticia informaba que la juventud estudiantil se había reunido en el Instituto Nacional de Panamá para protestar contra la posible anexión de este país a Estados Unidos. En el acto se leyó una carta enviada por el líder aprista Víctor Raúl Haya de la Torre, quien al inicio de su exilio había estado en Panamá, donde permaneció dos semanas para dirigirse después a Cuba y de ahí a México en noviembre de 1923. La carta, dirigida a los estudiantes y obreros de Panamá, advertía que los diarios de México habían publicado un comunicado de la Prensa Asociada (estadounidense) anunciando que estaba próximo a expirar el plazo para decidir si el país centroamericano quedaba o no anexado definitivamente a los Estados Unidos y que, según el mismo comunicado, la mayoría de los panameños era favorable a la anexión. Ante la gravedad del asunto consideró un deber remitirles esta noticia para solidarizarse con el pueblo —que seguro no está de acuerdo en aceptar esta medida—, y pedirles que “mantengamos con firmeza el ideal de nuestra unidad”. A través de representaciones del imperialismo como un pulpo cuyos tentáculos asfixian, Haya terminó la carta afirmando “que el ideal venza a la fuerza”. Acto seguido, el presidente de la asociación de estudiantes de Panamá, Alberto L. Rodríguez, presentó como moción que antes de entrar a discutir la orden del día de la reunión se considerase autorizar que se enviase a las otras federaciones estudiantes de América Latina y Estados Unidos comunicaciones para desmentir este comunicado, al igual que lo harían en su país, al que debían informar sobre las negociaciones del Tratado Adicional al Tratado del Canal, que estaba en firma en Washington, para acabar con la “diplomacia secreta”.<sup>22</sup>

El contacto entre Haya y los representantes estudiantiles y obreros panameños prosiguió indirectamente cuando poco después llegaron a aquella ciudad otros exiliados peruanos como Nicolás Terreros y Jacobo Hurwitz,<sup>23</sup>

<sup>21</sup> “Una actitud ejemplar”, en *Renovación*, año I, núm. 3, marzo de 1923: 8.

<sup>22</sup> “Los estudiantes de Panamá protestan contra la Anexión”, en *Renovación*, año II, núm. 8, agosto de 1924: 3.

<sup>23</sup> De familia judía-alemana, Hurwitz participó como estudiante durante el movimiento de Reforma Universitaria de su país, quien cedió su candidatura para que Haya de la Torre ocupara

profesores de la Universidad Popular de Lima, quienes participaron en la sesión ordinaria de la Federación Obrera de Panamá. En ella, expusieron sobre la situación de la juventud y de los obreros en su país natal, asumiendo que era función de los intelectuales llevar la cultura a la clase trabajadora. Por ello, aconsejaron a los trabajadores panameños que se unieran para exigir a profesores y estudiantes que les impartieran enseñanza con el fin de “liberarse espiritualmente, olvidar el pasado y además educar la voluntad”. Su llamado fue recibido, y por ello el delegado de la Asociación de estudiantes de Panamá, Alberto L. Rodríguez, solicitó se condenara la dictadura en Perú.<sup>24</sup>

Al publicar estas notas, la ULA se solidarizaba con los exiliados apristas y simultáneamente, establecía vínculos de solidaridad con los panameños.

un cargo en la Federación de Estudiantes de Perú. En 1920 participaría de la creación de la Universidad Popular González Prada, siendo uno de sus profesores. En 1923 participaría de las movilizaciones en protesta de la consagración de Perú al Corazón de Jesús y sufrirá la primera de una larga lista de deportaciones en su vida. Luego de una breve estancia en Panamá, viajó a Cuba donde estableció contacto con Julio A Mella. Se estableció en la isla consiguiendo empleo en una hacienda azucarera estadounidense, de la cual obtenía información para el Partido Comunista Cubano. Se destacó en 1925 como miembro del Comité Pro Libertad de Julio A Mella, colaborando con publicaciones como Venezuela libre y América libre. En abril de 1927 debe exiliarse nuevamente en México, donde se reencontró con Nicolás Terreros participando de la célula aprista pero su cercanía con el Partido Comunista lo llevo a romper con el APRA. Tras esto sería secretario general del Comité Manos Fuera de Nicaragua organizado en México por la Liga Antiimperialista de las Américas y del Comintern. En 1929, conmovido por el asesinato en México de Mella, formó parte de un comité que realizaría una investigación paralela a la policial para hallar respuestas. En ese mismo año, acudió al congreso antiimperialista realizado en Frankfurt como representante de la Liga Antiimperialista. Al año siguiente, fue a El Salvador para participar del congreso del Partido Comunista en aquel país, pero al regreso a México y tras el intento fallido contra el presidente Emilio Portes Gil, viviría en la clandestinidad hasta que en 1932 fue detenido y recluido en la prisión de las Islas Marias junto a otros dirigentes e intelectuales comunistas. A fines de la década de 1930 vuelve a Perú tras recorrer Centroamérica, Colombia y Ecuador, cumpliendo distintas funciones del partido comunista. Al llegar a Lima continuó su viaje a Chile para regresar a su país recién en 1941 pero fue deportado al siguiente año, solicitando su asilo en México donde vivió hasta 1957 que retornó a Perú. En 1961 es enviado a prisión pero dada su salud fue enviado al hospital. En 1969 participó del Congreso Mundial por la Paz (nueva Delhi) y viajó por China y la Unión Soviética. Murió en 1973 en un accidente automovilístico. Daniel Kersfeld, “Jacobó Hurwitz: semblanza de un revolucionario latinoamericano”, en *Pacarina del Sur*, 20 de noviembre de 2015. Disponible en: <http://pacarinadelsur.com/home/figuras-e-ideas/50-jacobohurwitz-semblanza-de-un-revolucionario-latinoamericano>, consultado en abril de 2016.

De Nicolás Terreros solo sabemos que participó también en la Universidad Popular, que fue deportado a Panamá junto a Hurwitz y que se fue al exilio a México, donde rompió con el APRA y se unió al Partido Comunista.

<sup>24</sup> “Estudiantes y obreros de Panamá condenan al tirano Leguía”, en *Renovación*, año III, núm. 2, febrero 1925: 7.

Por ello, no es extraño que poco después recibiera de la Federación de Estudiantes de Panamá la invitación para participar de un Congreso Estudiantil Hispanoamericano, a realizarse en junio del siguiente año con motivo de la celebración del centenario del Congreso Anfictiónico de Panamá organizado por Simón Bolívar. Esta decisión fue tomada por la Federación de Estudiantes, pero al ser ratificada por la Asamblea Nacional de aquel país, se le otorgó carácter oficial y recursos para realizar dicho evento. Esto generó conflicto, porque gobierno y estudiantes diferían en su postura frente a Estados Unidos. Por ello, inicialmente los estudiantes tuvieron que definir si el congreso era hispanoamericano o panamericano. Para ello, retomaron a Bolívar, quien en 1826 usó el término panamericano para referirse a Hispanoamérica, pero al igual que éste cien años atrás ellos solo invitarían a las federaciones estudiantiles de Estados Unidos y España en una categoría distinta a la del resto de los países americanos. Esto se debía, en su opinión, a que la finalidad del Congreso era desarrollar un programa de solidaridad para unificar acciones e ideas que beneficiarían a la cultura de estos pueblos. Aclaraban también que la organización recae en una comisión directiva, comisiones específicas y en cada país latinoamericano comisiones nacionales, todos ellos estudiantes que participan para cumplir con su deber ante una “urgente necesidad” que no explicaban.<sup>25</sup>

Al parecer, la invitación de los estudiantes panameños no tuvo el eco esperado, porque poco después de la solicitud del Comité de Panamá de que se nombraran representantes por país, el diario *Córdoba* de Argentina mencionaba que aún no se había realizado dicha elección, pero esperaba que pronto se nombrara delegado por Argentina porque los temas a tratar eran de gran relevancia: imperialismo, revolución mexicana, los tiranos de Perú y Venezuela, entre otros. A diferencia de las Conferencias Panamericanas, este congreso funcionaría “sin los prejuicios ni especulaciones políticas y económicas que corrompen y esterilizan los congresos de los diplomáticos”. Como un homenaje a Bolívar, el evento prometía ser diferente a los otros homenajes de próceres que en su opinión solo servían para una “malsana propaganda de patrioterismo”, como el acto oficial que se realizó el presidente Augusto Leguía para conmemorar en Perú los cien años de la Batalla de Ayacucho en diciembre de 1924.<sup>26</sup>

Nada más se mencionó sobre la elección de representantes pero, poco después, Panamá ocupó una editorial en primera plana del Boletín al denunciar que el presidente de aquel país recurrió al ejército estadounidense para reprimir

<sup>25</sup> Federación de Estudiantes de Panamá, “El próximo Congreso Internacional de Estudiantes”, en *Renovación*, año III, núm. 4, abril de 1925: 6.

<sup>26</sup> De “Córdoba”, “Congreso Bolivariano de Estudiantes”, en *Renovación*, año III, núm. 8, agosto de 1925: 4.

un movimiento popular que defendía el derecho de los inquilinos. Acusaban al gobierno de aquel país de haber perdido su independencia, mostrando hasta qué punto el gobierno estaba del lado de los imperialistas, propietarios de tierras e inmuebles, que explotaban a los trabajadores. Con ello, se recordó a la audiencia que la ULA no se encontraba contra ningún pueblo —ni siquiera el estadounidense—, sino contra los gobernantes latinoamericanos vendidos al imperialismo.<sup>27</sup>

En este contexto recibió Palacios una invitación del gobierno de Panamá para que participara de la celebración de un Congreso a realizarse en el mes de junio del siguiente año en esa ciudad, y que funcionaría de manera paralela al que habían organizado los estudiantes. El presidente de la ULA rechazó categóricamente la invitación y aprovechó para acusar al gobierno de Panamá de ser cómplice del imperialismo por los recientes sucesos y de actuar como una colonia “sin libertad y dignidad” por el control que tenía la United Fruit Company del territorio y del canal. Regresando al tema del Congreso, asume que al igual que los otros eventos panamericanos éste será un “simple disfraz del imperialismo”, lo cual conspira permanentemente contra “el porvenir de nuestra raza” al impedir que la tarea espiritual de los latinoamericanos se desarrolle, dejándose dominar pasivamente por la fuerza de su poder material. Por todo esto se niega a participar de ese homenaje, pero espera que el otro, el legítimo homenaje a Simón Bolívar que organizaron los jóvenes panameños sí tenga éxito. Con ello sí se solidariza, porque esa juventud no es enemiga de ningún pueblo (ni siquiera de los Estados Unidos), porque es idealista y por lo tanto universal y altruista al defender los “valores de la raza”.<sup>28</sup>

Es evidente que los estudiantes tenían noticia de la negativa de Palacios antes de ser publicada en *Renovación*, porque en la misma página se ubicó una extensa carta enviada por un joven estudiante perteneciente a la Comisión que organizaba el homenaje estudiantil a Bolívar. Escrita desde la cárcel modelo de Panamá en febrero de ese año, narra a Palacios la injusta detención de un grupo numeroso de estudiantes que salieron a protestar la noche del 10 de octubre en un parque, convocando a una asamblea popular por las medidas tomadas por el gobierno en torno al problema de los inquilinos. Parafraseando a Manuel González Prada decidieron romper el pacto “infame” de hablar por lo bajo para cuestionar abiertamente los abusos del gobierno con los propietarios y su complicidad. La asamblea fue reprimida por fuerzas oficiales por lo

<sup>27</sup> “Panamá”, en *Renovación*, año III, núms. 9-10, septiembre-octubre de 1925: 1.

<sup>28</sup> Alfredo Palacios, “Panamá. Pan-Americanismo e Ibero-Americanismo. Palacios no quiere ser huésped del gobierno de Panamá”, en *Renovación*, año IV, núms. 1,2, 3 y 4, enero-abril 1926: 21.

que muchos fueron encarcelados, otros deportados y otros más, masacrados. Después de este incidente, el gobierno llamó al ejército estadounidense para poner orden. Por esto, se alegra de que haya rechazado la oferta del gobierno para participar del Congreso, acción con lo que se colocó junto Vasconcelos, Ugarte, Ingenieros, es decir, al lado de los grandes del pensamiento americano que han defendido a estos pueblos contra la “vandálica obra de yanquilandia”. A pesar de estar maniatados por su cárcel, la juventud como representante de la nueva generación, lucha silenciosamente “por la gran patria de Rodó”.<sup>29</sup>

En la misma página se publica otro artículo que se congratula por el rechazo de Palacios, escrito por un joven adherente de la ULA. Tras denunciar el avance del imperialismo estadounidense en la colonia de Panamá se dedica a cuestionar al panamericanismo, como una falsa diplomacia que dependía de las órdenes dictadas en Washington y que ha sido disfrazado de idealismo pero esconde los “apetitos plutocráticos” de esta nación. En cambio, los miembros de la ULA se autorrepresentan como “soldados de una gran cruzada emancipadora” al ser un grupo autentico de obreros, intelectuales y maestros que anhelan justicia y rechaza la Doctrina Monroe. Esta batalla implica que “unos defienden un egoísmo materialista mientras otros un altruismo ilimitado”.<sup>30</sup>

En el número siguiente no se publicó la respuesta del gobierno de Panamá a la negativa de Palacios, pero sí la nueva carta que envió el presidente de la ULA tras su lectura. De inicio, cuestiona al gobierno de aquel país por haber hecho afirmaciones sobre él “con una ligereza imperdonable”, porque antes de tener en sus manos su carta del 15 de febrero (en la que declinaba la invitación), respondió a partir de una información parcial que se transmitió vía cable telegráfico. Reafirmó su declaración de que la soberanía panameña estaba restringida por el tratado firmado con los Estados Unidos por el canal, el cual, le advierte, puede provocar una intervención incluso en la elección del gobierno. Retomando el tema de la invitación, le recuerda que es una ofensa a la conmemoración de personajes tan respetables como Bolívar, quien intentó forjar una unión en esta América, el que el gobierno panameño muestre un fervor tan grande por el panamericanismo.<sup>31</sup>

El tema fue dejado de lado por un tiempo, dado que la ola de denuncias de la ULA se dirigió a tratar el tema de la invasión en Nicaragua, ocurrida a fines

<sup>29</sup> Alberto L. Rodríguez, “La dictadura en Panamá. La juventud y el proletariado se solidarizan, con la actitud de Palacios”, en *Renovación*, año IV, nums., 1,2, 3 y 4, enero-abril 1926: 2.

<sup>30</sup> Euclides E. Jaime. “La Unión Latino Americana y Panamá”, en *Renovación*, año IV, núms. 1-4, enero-abril 1926: 2 y 8.

<sup>31</sup> “El Congreso Panamericano de Panamá. Contra réplica del presidente de la ULA”, en *Renovación*, año IV, núms. 5 y 6, julio-agosto 1926: 8.



de 1926. En respuesta, la ULA dedicó un editorial tachando de una (más) de las cínicas violaciones del derecho internacional por parte de Estados Unidos que ante busca controlar la región para construir (otro) canal interoceánico en Centroamérica. Tras el establecimiento de bases navales, de la fiscalización de sus rentas, ahora interviene directamente en política interna al apoyar un golpe militar contra el presidente Sacasa. Por ello, llamó a la opinión pública a que rechazara la invasión y a los gobiernos latinoamericanos a que dieran su apoyo al entonces presidente.<sup>32</sup> Este llamado generó un gran mitin de protesta a inicios de 1927 en Buenos Aires, en el cual se invitó como oradores al presidente de la Federación Universitaria Argentina, Luis Heyzen, a los concejales socialistas José F. Penelón y Angélica Mendoza, al estudiante peruano aprista Manuel Seoane, al anarquista Julio Barcos y al presidente de la ULA, Alfredo Palacios. De las consignas antiimperialistas emitidas nos interesa subrayar la alusión de Barcos, quien al criticar al panamericanismo como una doctrina “de comerciantes”, opuso el latinoamericanismo como doctrina de “intelectuales románticos”, asumiendo que Simón Bolívar había sido el primer romántico al convocar al Congreso de Panamá, pero se había equivocado porque no se trataba de un problema político sino social, por lo que no era el gobierno sino los representantes del pueblo (es decir ellos) los que iban a realizar esa unidad.<sup>33</sup> Junto a estas noticias reapareció Panamá al notificar —con júbilo—, que se había recibido un telegrama de Alberto Rodríguez para informar a Palacios que el parlamento de su país se había negado a ratificar el tratado que “pretendía imponerle la diplomacia del dólar” por considerar que era una sanción legal por la que se perdía soberanía.<sup>34</sup>

Otra respuesta enviada desde Panamá y dirigida a Palacios informó que el Congreso —inapropiadamente titulado Bolivariano—, organizado por el gobierno de Panamá y que se celebró en junio de 1926, fue un rotundo fracaso porque las ideas de los organizadores y sus propuestas se encontraban envueltas en una “indudable desviación de los ideales del Libertador”. El panamericanismo no es el mismo que aquel que buscaba Bolívar, porque éste pensaba en una confederación de países iguales mientras el actual sólo es un mecanismo de la diplomacia para el usufructo de los “magnates de hierro y del petróleo y la plutocracia anglosajona”. Aludiendo al discurso de José Ingenieros de 1922, recordaba que el panamericanismo es una práctica hipócrita y se encuentra impedido moralmente a desarrollar ningún proyecto de unidad. El Congreso

<sup>32</sup> Editorial en *Renovación*, año V, núm. 1, enero-febrero de 1927: 1.

<sup>33</sup> “El 15 de enero se llevó a cabo el gran mitin contra la ocupación de Nicaragua”, en *Renovación*, año V, núm. 1, enero-febrero 1927: 6.

<sup>34</sup> Alberto Rodríguez, “Al fin”, en *Renovación*, año V, núm. 1, enero-febrero 1927: 7.

fue por lo tanto una “burda parodia de los ideales del Libertador”. Sin embargo, sirvió para darse cuenta de que los congresos oficiales organizados por los gobiernos son inservibles, y sobre todo, que el panamericanismo es un disfraz peligroso que esconde un coloniaje más “indignante que el de Castilla” porque no es declarado. Por ello, fuera de las conmemoraciones y honores hechos a próceres, no se adoptó en él ninguna conclusión tendiente a crear una liga americana de naciones. Los representantes vertieron palabras sentimentales pero no se discutió la propuesta del delegado hondureño Trejo Castillo a favor de la emancipación de Puerto Rico. Como afirmó el delegado norteamericano, su gobierno daba al congreso un valor conmemorativo, por lo que sus delegados no podían discutir o resolver cuestiones políticas. Del mismo modo, el ministro panameño se negó a firmar las conclusiones que tuvieran alcances políticos, posiblemente porque recibió amenazas “del vaticano panamericanista”. Por todo esto queda claro para el autor que “la unidad de la patria grande” es una labor solo de los “trabajadores manuales e intelectuales, de las juventudes universitarias” y de “la nueva generación”, y no de los gobiernos cómplices del panamericanismo.<sup>35</sup>

## CONCLUSIÓN

En la década de 1920 un número de intelectuales conformó una red que en torno a una publicación primero y una organización después, buscó reflotar la propuesta de unir a los países latinoamericanos para hacer frente al avance imperialista en la región. Las representaciones del enemigo poblaron las páginas del Boletín a través de descripciones zoomorfas (pulpo, águila) y negativas (bárbaro, salvaje, hambriento). Esta crítica se hizo extensiva al movimiento panamericanista al ser visto como un contraconcepto de la identidad latinoamericana. Durante estos años, la realización de la Conferencia Panamericana en Santiago de Chile (1923) fue una coyuntura favorable para declarar que las intenciones políticas del movimiento nada tenían que ver con el intento de unidad de estos países. Sin embargo, el sentido de unión o el modo como se pensaba alcanzar se limitó a una serie de frases y discursos panfletarios que repetían consignas sin mayor explicación o justificación.

Por ello, en los artículos publicados en *Renovación* se hablaba de la unión “espiritual” de los intelectuales y jóvenes universitarios, quienes luchaban a manera de una cruzada como soldados del latinoamericanismo, por acercar

<sup>35</sup> Diógenes de la Rosa, “El sainete Panamericanista de Panamá. Un fracaso aleccionador”, en *Renovación*, año V, núm. 1, enero-febrero de 1927: 7.

a “los pueblos” de estos países. Creían que una vez que la opinión pública estuviera convencida de la necesidad de unirse frente a los Estados Unidos, presionaría a los gobiernos para realizar los acuerdos políticos y económicos necesarios. De este modo, la unidad cultural a la que se referían se asociaba indiscutiblemente al “espíritu”, concepto que no fue definido pero sí asociado a otros aspectos como sujetos (los intelectuales) y problemas (el imperialismo).

En este sentido, es comprensible que se utilizaran representaciones contrastantes, a través de las cuales la identidad latinoamericana —y por ende su unidad— se reafirma por aquello que rechaza, por su contrario, más que por sí misma. De igual modo, los intelectuales se asumían como los verdaderos guías no solo por sus cualidades como elite meritocrática sino por ser aquello que rechazaban, los políticos corrompidos e inútiles que gobernaban a estas frágiles repúblicas.

Esta lógica dual sirvió también para definir la posición de la ULA en torno a la Conmemoración de Simón Bolívar en 1926. Como señalamos a través de reconstruir la correspondencia cruzada entre Palacios y panameños (representantes de gobierno y de las organizaciones estudiantiles-obreras), el presidente de la ULA —y otros que publicaron en el Boletín— asumieron que el evento convocado por los estudiantes panameños era un homenaje real y sincero a Simón Bolívar como libertador de América y el otro, organizado por el gobierno de Panamá, solo mostraba el nivel de vinculación con el imperialismo, su colonización. Poco y nada se discutió en torno al término panamericano, ni a la conflictiva situación que tuvo que enfrentar con respecto a la invitación de los Estados Unidos. De hecho, Bolívar y el congreso anfitrión de Panamá de 1826 no fueron el tema real de discusión, pero sí fueron una buena excusa para que la red unionista levantara sus banderas políticas y sostuviera su batalla simbólica.

Además, el debate en torno a la conmemoración permitió mostrar otros aspectos que hacen a la comprensión de la conformación de esta red intelectual. Señalamos que éste se dio en un momento de cambio importante porque la creación de la ULA como organización en 1925 implicó un fuerte giro a la red anterior que tejió hábilmente José Ingenieros tras su discurso de 1922 y la aparición de *Renovación* en 1923. Apuntamos cómo el lento desapego de Ingenieros y el rápido ascenso de Alfredo Palacios como presidente —y como ego de la red— se relacionó con el vínculo estrecho que mantuvo Palacios con los exiliados apristas peruanos en Argentina, quienes pasaron a formar parte de la ULA. Fueron estos exiliados los que establecieron primero un vínculo más directo en Panamá y fue a través de narrar sus avatares en aquel país que el Boletín estableció un intercambio de información con los representantes panameños. La referencia a Haya de la Torre no es casual, sino producto de

esta intrincada red de redes antiimperialistas que se formaron en esta década, en la que Haya pudo ser considerado en estos años un referente del unionismo y del aprismo de manera simultánea. Para comprender mejor cómo se construyó materialmente este intercambio, sería necesario indagar otros posibles contactos de la red, como el anarquista argentino Julio Barcos, quien también estuvo en Panamá y dirigió junto a Nemesio Canales una publicación llamada Cuasimodo (primero en esa ciudad y después publicada en Buenos Aires).

Ahora bien, otra relación importante a ser observada es aquella que se deriva de pensar el cambio de liderazgo en la red —de ego—, y la transformación del discurso unionista. Se mencionó que las características básicas de la propuesta unionista se mantuvieron durante el cambio de líder, de Ingenieros a Palacios. Es decir, la lucha contra el imperialismo y la necesidad de crear una unidad entre estos países fue constante, como lo fue también la posición que debían ocupar los intelectuales como líderes y la manera en que éstos influirían en la opinión pública para generar una unidad cultural latinoamericana. Sin embargo, la aparición de algunas palabras permite plantear que al cambiar la conformación de la red se modificó el tono y la interpretación de América Latina. Si para el médico Ingenieros el diagnóstico social era similar a un examen clínico donde se debía detectar las patologías de una nación para poder iniciar la curación, para el abogado Palacios se debía establecer las condicionantes contextuales antes de establecer el argumento de defensa de un juicio en el que solo había dos partes implicadas. Esto implicó que para el primero América Latina no era una unidad, ni por herencia, ni por raza, ni por cultura, sino que era un conjunto de países débiles, gobernados por mediocres, que se enfrentaba a un enemigo común al cual solo podía aspirar a contrarrestar —no a vencer— a través de una unión. Para el segundo en cambio, era una batalla entre lo espiritual y lo material, entre la civilización (latinoamericana) frente a la barbarie (estadounidense). Se daba por sentado que existía una unidad anterior entre estos países, y que ésta se basaba en el “espíritu de raza” que compartían estos pueblos. Así, elementos como la hidalguía —que tanto aborrecía Ingenieros por su franca asociación con el pasado hispano—, se asocian a la labor de la los unionistas como una cruzada que, aunque laica, se relaciona con la intensidad de las batallas religiosas.

Por último cabe mencionar que, pese al carácter acotado de este trabajo, se espera que con ello se resalte la importancia que tiene el estudio de las conmemoraciones, por ser momentos idóneos para desplegar una serie de conceptos, ideas e imágenes que representan los aspectos más significativos de las batallas simbólicas. Para el caso específico de las redes intelectuales, traducen prácticas y sentidos no siempre congruentes entre sí y, específicamente para debates sobre integración y unidad, implica pensar las exposiciones de

los interlocutores desde una mirada crítica que se cuestione por qué y para qué se homenajea a tal o cual personaje histórico.

## BIBLIOGRAFÍA

- CORMICK, Silvina (2013), “De líder del antiimperialismo latinoamericano a “figurón”: una relectura de la condición marginal de Manuel Ugarte en los años treinta”, en *Estudios de Filosofía e Historia de las Ideas*, vol. 15, núm. 1, 49-63.
- DE LA REZA, Germán, comp. (2010), *Documentos sobre el Congreso Anfictiónico de Panamá*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho y Banco Central de Venezuela.
- DEVÉS VALDÉS, Eduardo (2007), *Redes Intelectuales en América Latina. Hacia la Constitución de una comunidad Intelectual*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Avanzados USACH.
- FUNES, Patricia (2006), *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- EHRlich, Laura (2006-2007), “Una convivencia difícil. Manuel Ugarte entre el modernismo latinoamericano y el socialismo”, en *Políticas de la Memoria*, núms. 6-7, 105-118.
- GONZÁLEZ, Osmar (2012-2013), “Del novecientos al Centenario. La influencia de José Ingenieros en dos generaciones en el Perú” en *Políticas de la Memoria*, núm. 13, 78-95.
- GRANADOS GARCÍA, Aimer (2004), “Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860” en GRANADOS, Aimer y MARICHAL, Carlos, comps., *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual: siglos XIX y XX*. México: El Colegio de México, 39-69.
- HARTOG, François (2007), *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. México: Universidad Iberoamericana.
- MARICHAL, Carlos (2002), *México y las Conferencias Panamericanas, 1889-1938*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores.
- MARTÍ, José (1985), *Nuestra América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- MELGAR BAO, Ricardo (2012-2013), “Más allá de la recepción aprista. José Ingenieros en el imaginario intelectual y político peruano”, en *Políticas de la Memoria*, núm. 13, 96-109.
- MORGENFELD, Leandro (2011), *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las Conferencias Panamericanas, 1890-1955*. Argentina: Peña Lillo y Ediciones Continente.

- PAKKASVIRTA, Jussi (2005), *Un continente, una nación, intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y el Perú, 1919-1930*. Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- PASQUINO, Matteuci (2002), “Integración”, en BOBBIO, Norberto, *Diccionario de Política*. España: Siglo XXI, 814-817.
- PITA, Alexandra (2009), *La Unión Latino Americana y el Boletín Renovación, redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920*. México: El Colegio de México-Universidad de Colima.
- (2012), “Conmemorar al ilustre: homenajes y genealogías intelectuales” en *Cércles, revista de historia cultural*, núm. 15, 93-110.
- (2016), “La difusión de un discurso latinoamericanista y la creación de una red intelectual, 1922-1924”, en PITA, Alexandra, comp., *Redes Intelectuales transnacionales en América Latina durante la entre guerra*. México: Miguel Ángel Porrúa.
- RODÓ, José Enrique (1941), *Ideario*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla.
- (1997) *Ariel*. México: Editorial Porrúa.
- SÁNCHEZ VIAMONTE, Carlos (1971), *Crónicas de ayer y de hoy*. Puebla: José M. Cagica Jr. S.A.
- SCARFI, Juan Pablo (2014), *El imperio de la ley. James Brown Scott y la construcción de un orden jurídico interamericano*. Buenos Aires: FCE.
- UGARTE, Manuel (1978), *La nación Latinoamericana*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- VIVES Heredia, Pedro (2015), *El socialismo de Alfredo L. Palacios. Los profetas y Jesús de Nazaret*. Buenos Aires: Editorial Dunken.
- WIONCZEK, Miguel S. (1972), *Integración de América latina. Experiencia y perspectiva*. México: FCE.
- YANKELEVICH, Pablo (1997), *Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución Mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930*. México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, Secretaría de Gobernación y Secretaría de Relaciones Exteriores.